

potencias hubieran iniciado en 11 de agosto las negociaciones para la paz general, habrían sido: renuncia incondicional á toda posesión é influencia en la derecha del Rin; independencia completa de Holanda, de Portugal, de España y de Italia, es decir, supresión de la soberanía universal de Napoleón y destitución de todos los reyes de su parentela. No es necesario discutir cómo hubiera tenido que contestar á esta exigencia.

La mayor variación ocurrida durante el armisticio en la situación general de las potencias beligerantes manifestábase en el hecho de que al reanudarse las hostilidades había enfrente de Napoleón tres grandes ejércitos que por tres distintos lados apuntaban á su corazón. Estos tres ejércitos eran todos juntos y cada uno de por sí mucho más fuertes de lo que en 12 de julio se había calculado en Trachenberg. El ejército del Norte, mandado por el príncipe heredero de Suecia, no contaba 70,000 hombres sino 154,000 con 387 cañones; el de Silesia, á las órdenes del general Blücher, en vez de 50,000 tenía 95,000 hombres y 356 cañones; el ejército bohemio ó ejército principal, á cuyo frente estaba el príncipe Schwarzenberg y cuyo contingente había sido calculado en Trachenberg en 220,000 hombres, se componía de 237,700 con 698 cañones (1). El total de las tropas de campaña de que disponía Napoleón para hacer frente á estos 486,700 hombres ascendía á 450,000. Este menor número de hombres hubiera quedado más que compensado por la unidad de mando supremo y por la superioridad de dirección, si Napoleón hubiese sabido á punto fijo dónde se encontraba el grueso de las fuerzas enemigas, que era precisamente lo que ignoraba.

Napoleón no creyó en la declaración de guerra de Austria hasta que la tuvo en sus manos, y no creía en ella antes porque sabía poco de la política de Metternich y no sabía nada de la inteligencia militar de los aliados con el cuartel general austriaco de Praga. Desconocía por completo el plan de campaña convenido en Trachenberg y la táctica en él establecida de retirarse el agredido y de avanzar los que no hubieran sido atacados; ignoraba en absoluto la marcha hacia la izquierda de los 100,000 rusos que saliendo de Silesia se dirigieron á Bohemia, con lo cual el ejército bohemio de Austria pasó á ser el ejército principal de los aliados. A consecuencia de esta ignorancia buscaba el punto decisivo de la lucha en la Silesia, donde seguía creyendo que se encontraba el grueso de las fuerzas de los aliados, y dirigía hacia allí su principal ataque confiando á Oudinot el ataque lateral sobre Berlín, sin tener para nada en cuenta lo que en Bohemia y desde Bohemia podía suceder.

Napoleón estaba en la creencia de que el punto más débil de los aliados era aquel en el cual se encontraba el príncipe heredero de Suecia como general en jefe de un ejército mezcla de tropas de línea y de milicianos. El día 13 de agosto puso á disposición del mariscal Oudinot, para que atacara á Berlín, de 70 á 75,000 hombres, y en la carta-orden de Berthier se decía: «S. M. espera que con un ejército como el vuestro rechazareis rápidamente al enemigo, os apoderareis de Berlín, desarmareis á los habitantes de esta ciudad y dispersareis á esas milicias y á esa nube de pésimas tropas (2).» El emperador creía que las milicias no podrían luchar y que el príncipe heredero no se atrevería á nada (*il ne fera que piaffer*). En efecto, Bernadotte, á pesar de los compromisos contraídos en Trachenberg, estaba decidido á conservar la actitud que Napoleón esperaba y deseaba. En los últimos días del armisticio, el general Moreau, de regreso de Améri-

(1) Plotho, tomo II, págs. 6-7.

(2) *Historia del ejército del Norte en 1813*, Berlín, 1859, pág. 181.

ca, se encontró en Stralsund con su antiguo compañero de armas y tuvo con él una conversación cuyo texto conocemos por una publicación oficial (3). Ambos generales estuvieron en seguida de acuerdo en que el plan de operaciones de Trachenberg era, por lo que al ejército del Norte se refería, «sobrado atrevido y por tanto absolutamente irrealizable.» Moreau opinaba especialmente que el príncipe no debía defender á Berlín, pues la simple tentativa de hacerlo le conduciría á la ruina. El príncipe heredero hizo entonces la siguiente confesión: «Yo no acepto nunca una lucha desigual. Apoyado de frente y en los flancos por una numerosa caballería ligera, conservo á todo trance mi línea de retirada en Stralsund, pues allí encuentro á Dinamarca, allí he de buscar á Noruega, allí me apoya Inglaterra. No quiero en manera alguna terminar mi carrera en los pantanos de Polonia ó, como Carlos XII, en Bender. Perder mi ejército y dejarme cortar la retirada á Suecia equivaldría á destruir el porvenir de este país. Mi posición personal tampoco me permite exponerle en una lucha contra un general de la magnitud de Napoleón ni siquiera contra los expertos generales de éste. Ciertamente Berlín puede pasar de mis manos á las suyas, pero procuraré estar siempre una jornada adelantado á él para que no pueda alcanzarme, aun cuando hubiera de retroceder hasta la península de Dars, hasta Stralsund, hasta Rugen, hasta mis propios buques. Respecto de este punto, es decir, de que yo me deje derrotar, podéis estar completamente tranquilo: nunca me entregaré á los formidables golpes de Napoleón, que tan bien le salen con mucha frecuencia, y solo le combatiré con una guerra fatigante, lenta, metódica, organizando en sus flancos y contra sus líneas de comunicación una guerra de insurrección que le sea imposible contrarrestar. El puede gastar sus soldados en combates parciales, pero por lo que toca á mi ejército de campaña, será conservado incólume.»

La confesión era sincera y el príncipe heredero la cumplió con perfecta sangre fría. El día 15 de agosto publicó en su cuartel general de Oranienburgo un ridículo llamamiento á sus soldados, en que les excitaba á vengar en Napoleón el crimen por él cometido en 1812 «cuando sacrificó 300,000 franceses,» y á ser valientes como lo habían sido los franceses de 1792 (*Imitez les Français de 1792*) (4); y cuando Oudinot, con los tres cuerpos de ejército que había reunido entre Baruth y Luckau, emprendió la marcha sobre Berlín (19 de agosto), hizo de su parte, con mucha prudencia, todo cuanto era necesario para no defender aquella ciudad y para mantener libre á sus suecos «la línea de retirada á Stralsund.» El príncipe no tenía que averiguar nada más.

En 21 de agosto, el príncipe heredero reunió en Saarmund, al Sur de Potsdam, 105,000 hombres de su poderoso ejército (Bulow con 30,000, el cuerpo de reserva de Dobschutz con 13,000, 29,000 rusos á las órdenes de Winzingerode y 24,000 suecos), mientras á dos millas de él se preparaba Oudinot en Trebbin para romper la línea del Nuthe pasando por los desfiladeros. Oudinot no creía tener tan cerca al príncipe, y por esto solo dejó 58,000 hombres entre Trebbin y Zossen, pues ya había dejado 12,600 bávaros y wurtembergueses en Luckenwalde y Baruth. De modo que un enérgico ataque contra él hubiera tenido seguramente un feliz resultado; pero el príncipe heredero en vez de esto resolvió emprender una retirada general á Charlottenburgo, donde, después de dejar abandonada á Berlín, pensaba atravesar el Spree (5). En el

(3) *Recueil des ordres de mouvement, proclamations et bulletins de S. A. R. le prince royal de Suède en 1813 et 1814*. - *Historia del ejército del Norte*, págs. 139-140.

(4) *Historia del ejército del Norte*, págs. 145-146.

(5) *Historia del ejército del Norte*, págs. 261-262.

consejo de guerra celebrado en Philippsthal, cerca de Saarmund, en el cual el príncipe heredero manifestó este propósito, declaró el general Bulow que no le seguiría al otro lado del Spree hasta tanto que se hubiese librado una batalla para defender á Berlín «Nuestros huesos han de blanquear el suelo á este lado de Berlín, no al otro lado del Spree.» El príncipe, en vista de ello, renunció á emprender inmediatamente la retirada, pero Bulow no pudo conseguir otra cosa de él. El día 22 de agosto el cuerpo de Reynier rechazó, en la aldea de Wietstock, á la división prusiana de Thumen, avanzó por el camino que desde allí y por Grossbeeren y Heinesdorf conduce á Berlín atravesando hasta la selva de Grossbeeren los pantanos del *Haupt-Nuthegraben* (foso principal del Nuthe), ocupó el 23 la aldea de Grossbeeren y antes de extenderse por la llanura quería que vivaquearan sus tropas, cuando á las seis, en el momento en que menos lo esperaba, fué saludado por los cañonazos de los prusianos.

Contrariado el plan del príncipe heredero, que no pensaba en batallar sino en retirarse, y sin esperar la autorización que en el momento de partir solicitó de él, avanzó el general Bulow, á las seis, con el propósito de reconquistar á Grossbeeren y marchando sus columnas á tambor batiente. Después de haber comenzado el ataque con los disparos de 60 piezas de artillería, dióse el ataque á la aldea á la bayoneta, siendo arrojados de ella los sajones que la defendían y que hicieron una resistencia heroica. Inmediatamente entraron en lucha por la parte Este la brigada del general Borszell y por el lado Oeste la del príncipe de Hesse-Homburg, trabándose un encarnizado combate cuerpo á cuerpo á sablazos, culatazos y bayonetazos, que terminó con la derrota de las dos divisiones sajonas. Reynier, para salvarlas, llamó á la división francesa de Durutte, que estaba de reserva, pero ésta, que el día anterior tan bizarramente se había portado en Wietstock, en el momento de entrar en aquella horrible carnicería se sintió poseída de tal terror pánico que arrojó los fusiles, abandonó los cañones y carros de pólvora y fué á perderse en la selva de donde había salido (1). La noche puso término al combate. Los suecos, que nada habían hecho por la victoria, nada hicieron para completarla con una persecución del enemigo. Lo propio que esta victoria del 23 de agosto la derrota que el general Hirschfeld causó en 27 del propio mes en Hagelberg, no lejos de Belzig, á la división del general Girard, fueron obra exclusiva de los prusianos. Allí fué donde las milicias de la Marca electoral con las culatas de sus fusiles mataron uno por uno á los soldados que formaban el cuadro francés (2): 4,000 cadáveres fueron enterrados en la aldea de Hagelberg y casi todos ellos tenían el cráneo destrozado.

Entretanto, el grueso del ejército había tomado una «enérgica ofensiva,» que había sido acordada por un consejo de guerra celebrado el 18 de agosto en Melnik, conforme al plan de Trachenberg para el caso de que Bernadotte se viera atacado por los franceses. Aquel ejército, dividido en cuatro columnas, había atravesado el día 22 de agosto la cresta de la cordillera de Erzgebirge y avanzaba en dirección de Leipzig; pero al tener noticia de que Napoleón se encontraba en Silesia se encaminó hacia Dresde, que por esta razón debía estar completamente desguarnecida y que podía ser tomada el día 25 de agosto en un asalto general. En efecto, Napoleón, en vista del auxilio que le demandaba su ejército de Rober, se había apresurado, el día 21 de agosto, á dirigir-

se con sus guardias á Lowenberg para librar allí batalla campal al general Blücher; pero éste, después de un corto combate, emprendió una retirada que hizo comprender á los franceses «que había sido de antemano decidida para el caso de que Napoleón quisiera caer con fuerzas superiores sobre dicho ejército (3).» Mientras Blücher se retiraba, Gouvion Saint-Cyr estaba en Dresde amenazado por un ejército mucho más numeroso que el suyo, encontrándose, por lo mismo, en una situación de la que solo podía salvarle Napoleón. Este, con la rapidez del rayo, voló á su auxilio, confiando el día 23 de agosto el mando del ejército que había de operar contra Blücher (4.º, 5.º y 11.º cuerpos y además la caballería de Sebastiani) al mariscal Macdonald, duque de Tarento, y dando orden á sus guardias para que sin pérdida de momento marcharan sobre Dresde. En tres días se recorrieron las 19 leguas, de modo que el día 26 de agosto la mayor parte de las tropas se encontraban en el teatro de la lucha de Dresde. La batalla que junto á esta ciudad y por ella se trabó quedó decidida por esta inesperada intervención de Napoleón, el cual inmediatamente atacó con toda su furia. Todos los ataques que los aliados, formando un círculo de dos millas en la orilla izquierda del Elba alrededor de la ciudad, dirigieron contra ésta durante la tarde del 26 fueron rechazados con grandes pérdidas. La lluvia que cayó en la mañana del 27 hizo fracasar todas cuantas tentativas quisieron nuevamente hacer. «Las mechas no se encendían, los fusiles no se disparaban y los cañones después del primer disparo se hundieron en el barro: la caballería estaba de lodo hasta el vientre y no se encontraba en condiciones de ganar terreno. Napoleón, protegido por sus baterías cubiertas, mandó á sus tropas que salieran de sus trincheras, y avanzaron y dirigieron contra toda la línea de los aliados un terrible fuego de artillería (4).» A todo esto, ocurrió una gran desgracia en el ala izquierda de los aliados: los austriacos que allí combatían habían sido cercados por fuerzas muy superiores y atacados simultáneamente por los flancos y por la espalda: la división Metzko y una gran parte de la brigada Mumb, en precipitada fuga, habían tenido que rendir armas ante los jinetes de Murat, cuando del ala derecha llegó la noticia de que el general Vandamme había pasado el Elba por Königstein para adelantarse al ejército en Bohemia, lo cual por sí solo habría sido bastante para demostrar la necesidad de una retirada inmediata.

Cuando Vandamme apareció con sus 40,000 hombres en la meseta de Pirna se encontró en la entrada del gran camino que por Zehist y Berg-Gieshubel conduce á la Erzgebirge, cruza la cresta de ésta entre Peterswalde y Nollendorf y luego por Tellnitz, Kulm, Straden, Priesten y Sobtleben descendiendo hacia Teplitz. Si Vandamme, seguido de dos cuerpos de ejército completos como en un principio pensaba Napoleón, llegaba á este valle antes que los aliados, en su mano estaba ir sorprendiendo y derrotando á las distintas partes del ejército principal á medida que fueran saliendo de los desfiladeros del Erzgebirge; en su consecuencia, de la conservación de este camino dependía la vida ó la muerte de todo aquel ejército (5). Así lo comprendió el príncipe Eugenio de Wurtemberg, el cual, después de haber opuesto con sus 7,000 rusos heroica resistencia en Pirna al enemigo que avanzaba, pidió á toda prisa refuerzos y consiguió con ello el envío de la pri-

(3) Odeleben, pág. 262.

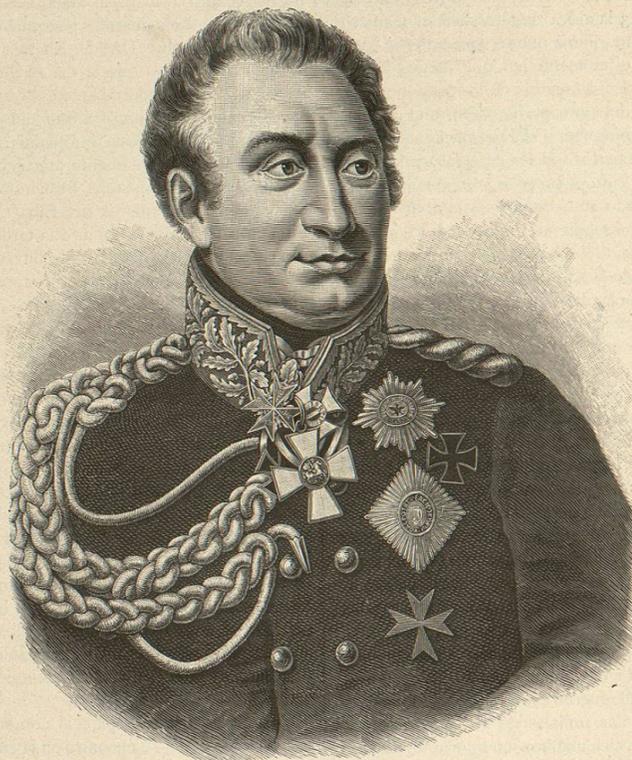
(4) Federico Gentz desde Praga, en 4 de setiembre de 1813, en la obra: *Participación de Austria en las guerras de liberación*, del príncipe R. Metternich, Viena, 1887, págs. 16-17.

(5) Bernhardt: *Toll*, tomo III, pág. 201. Reitzke: *Historia de la guerra de la independencia alemana*, de 1813, tomo II (tercera edición, Berlín, 1867), pág. 72. Hausser, tomo IV, pág. 311.

(1) Friccius: *Historia de la guerra de 1813 á 1814*, tomo I (Altenburgo, 1843), pág. 267.

(2) Friccius: *Historia de la guerra de 1813 á 1814*, tomo I, págs. 295-297. Hausser, tomo IV, págs. 270-271.

mera division de guardias rusos. Así lo apreció tambien el conde Radetzky, el cual hizo decir al príncipe: «La comunicacion con Bohemia es sagrada para vos;» y no menos el príncipe Schwarzenberg, quien ordenó al general Barclay que ocupara el camino de Teplitz con todo el ejército ruso-prusiano, que se componia de 100,000 hombres. Pero en cambio no lo entendió así Barclay, que comenzó por no obedecer las órdenes de Schwarzenberg dirigiéndose no á Berg-Gieshubel, como le mandaban, sino á la mitad del camino de retirada de los austriacos, y no contento con esto mandó á su vez al príncipe Eugenio que abandonara el camino de Teplitz y le siguiera por Maxen y Dippoldiswalde. El príncipe



Kleist de Nollendorf. - De una litografía de Loeillot de Mars

los últimos combates aceptaron esta lucha, no fué por el inminente peligro que para el ejército principal significaba el que Vandamme llegara á Teplitz antes de haber él podido salir de los difíciles desfiladeros del Erzgebirge. El conde Ostermann había recibido en la mañana del 29 en Kulm una carta del rey Federico Guillermo, que había llegado el día antes á Teplitz, en la cual decia «que debía sostenerse á todo trance para asegurar la retirada por aquellas gargantas al ejército, que todavía estaba luchando con los grandes obstáculos de la montaña.» Federico Guillermo fué tambien el que durante la batalla de Kulm mostró infatigable actividad para enviar á los rusos socorros á medida que iban descendiendo tropas por la montaña: de él partió la orden expedida al general Kleist para que con todo su cuerpo de ejército se dirigiera á Nollendorf para desde allí caer sobre la retaguardia de los franceses, idea que ya se le había ocurrido á Kleist y á Grolman, su jefe de Estado Mayor, y cuya rápida ejecucion decidió la batalla del 30 de agosto.

Eugenio, sin embargo, consideró «sagrada la comunicacion con Bohemia» y convenció al conde Ostermann, que le había sido enviado como general en jefe, y al general Yermoloff, que mandaba á los guardias, de la necesidad de no abandonar el camino de Teplitz, costara lo que costara, como así se hizo: 20,000 rusos seguidos de 40,000 franceses, luchando de continuo, retrocediendo lentamente subieron hácia Peterswalde y Nollendorf y desde allí descendieron hasta Kulm, donde cerca de las aldeas de Straden y Priesten presentaron á Vandamme, con valor sin ejemplo, una batalla que fué de los mas felices resultados.

Si á pesar de su inferioridad numérica y del cansancio de

Cuando en la mañana del 30 Vandamme quiso atacar de nuevo á los rusos en la aldea de Priesten, éstos habían sido reforzados por los austriacos de las divisiones Coloredo y Bianchi, por dos divisiones de guardias rusos y por varios pequeños destacamentos, formando un total de 50,000 hombres, y cuando el general francés oyó, á cosa de las diez, cañonazos á su espalda, se encontró con que los disparos no procedían de las guardias ó de las tropas de Saint-Cyr, como él esperaba, sino de los prusianos de Kleist, cuya aparicion completó el círculo en que estaba encerrado. Con un arrojo que la desesperacion le sugeria dejó á toda su artillería que hiciera frente á los rusos y á los austriacos, para tratar él de abrirse paso al arma blanca por entre los prusianos, con los cuales trabó terrible lucha. Una parte de la caballería francesa logró realmente pasar al través de las filas enemigas, pero el final de la lucha fué una derrota completa: todo el cuerpo de ejército quedó destrozado, disperso, prisionero, y el mismo Vandamme cayó en poder de los vencedores, los

cuales recibieron en el campo de batalla las noticias de las victorias de Grossbeeren, Hageberg y del Katzbach.

CAPITULO V

BATALLAS DE PUEBLOS Y FIN DEL IMPERIO UNIVERSAL

En la noche del 10 al 11 de agosto encendiéronse hogueras en las montañas que se alzaban alrededor de Praga, y estos fuegos encendidos de montaña en montaña transmitieron al ejército acantonado en Silesia la noticia de la terminacion del congreso y la continuacion de la guerra. El día 11 el general Blucher recibió en su cuartel general de Reichenbach, de manos del general Barclay de Tolly, las órdenes en virtud de las cuales los monarcas aliados determinaban la parte que con el ejército de Silesia había de tomar en la ejecucion del plan de guerra de Trachenberg. Las instrucciones á él destinadas estaban perfectamente meditadas y expuestas con mucha claridad, pero eran de muy difícil cumplimiento para cualquier general, y mas que para ninguno, para él. El ejército de Silesia debía avanzar sobre el enemigo, pero no atacarle, sino simplemente vigilarle, llegar al mismo tiempo que él en el caso de que quisiera arrojarse sobre el ejército principal, evitar todo combate decisivo y no aceptar ninguna batalla cuando se viera atacado por el adversario. El general Blucher meneó la cabeza al leer esto; Barclay le manifestó que la idea fundamental de todo el plan era que solo el gran ejército tomara la ofensiva y avanzara por Bohemia hácia Teplitz. En su consecuencia, el ejército de Silesia debía retirarse cuando el enemigo quisiera atacarle, atrayéndole de esta suerte al interior de Silesia, movimiento que favorecería el avance del gran ejército; pero en el momento en que el enemigo volviera atrás para arrojarse sobre éste, el ejército de Silesia había de ponerse sin pérdida de tiempo en su seguimiento. «En suma, lo capital era no dejarse derrotar y llegar á tiempo á la gran batalla general del Elba.»

El general Blucher contestó que esta tarea era superior á sus fuerzas, pues nunca habían sido su fuerte las artes de un Fabio y que otro cualquiera desempeñaría mejor que él este cometido, ya que él no entendía en otra cosa mas que en lanzarse á la pelea. Añadió que agradecía la confianza que en él depositaban los soberanos, pero que se veía en la necesidad de rechazar un mando que le obligaba á mantenerse tan á la defensiva. El general Barclay y el general Diebitsch, su jefe de Estado Mayor general, que estaba presente, le manifestaron que no debía tomar la orden tan al pie de la letra, pues el que mandaba un ejército de 100,000 hombres no podia estar reducido en absoluto á una actitud defensiva, no existiendo inconveniente alguno en que cuando se le presentara una ocasion propicia atacara y derrotara al enemigo.

Esta interpretacion satisfizo á Blucher, el cual pidió que á sus instrucciones se agregara por escrito un apéndice en este sentido, y habiéndole contestado Barclay que era imposible, porque la instruccion había sido aprobada por los soberanos tal como iba redactada, dijo para terminar: que aceptaba el mando supremo con la condicion de que podria atacar al enemigo cuándo y dónde lo creyera necesario, añadiendo que Barclay diera cuenta á los monarcas de aquella declaracion y que si éstos no coincidían con sus apreciaciones le señalaran, en su sabiduría, otro puesto (1).

Como á esta declaracion no siguió rectificacion alguna, Blucher consideró que su salvedad había sido aceptada y desempeñó su mando con espíritu de completa independencia.

(1) Muffling: *Para la historia de la guerra de los años 1813 y 1814* (Berlín y Posen, 1824), tomo I, págs. 1-3.

Blucher debió este mando en jefe, cuyo admirable desempeño debía colocarle en el número de los héroes de la historia, á la decidida intercesion de un hombre que poseía un golpe de vista infalible para todo aquello que constituye las cualidades del verdadero guerrero y que nunca hubiera sido amigo y admirador suyo si en medio de la ruina del antiguo ejército no hubiese visto en él la imagen de una natu-



Estatua de Blucher en Berlín (obra de Cristian Rauch)

raleza verdaderamente militar dotada por Dios de relevantes prendas. «Sois nuestro jefe y nuestro héroe y debíais presentarnos en litera delante y detrás de nosotros: solo donde estais vos, están la energía y la suerte (2).» En estos términos escribía Scharnhorst, en agosto de 1808, á su enfermo amigo Blucher, resumiendo en estas palabras todo cuanto sabia y esperaba de aquel hombre desde que le había visto obrar.

(2) Blassendorf: *G. L. de Blucher*, Berlín, 1887, pág. 137.